

GUILLERMO VALENCIA

¡SALVE, POPAYAN

CIUDAD FECUNDA!



DISCURSO

PRONUNCIADO EN POPAYAN
EL DIA 27 DE JUNIO DE 1926, EN LA
INAUGURACION DEL FERROCARRIL



EDICION ESPECIAL
DE LA
EDITORIAL MANRIQUE - BOGOTA
(CON AUTORIZACION EXPRESA DE SU AUTOR)

MCMXXVI

VALOR \$ 0.10



CABEZA

del busto de Guillermo Valencia.



DISCURSO

pronunciado en Popayán el día 27 de Junio de 1926. en la inauguración del Ferrocarril.

Excelentísimo señor Presidente de la República, señoras, señores:

Sin la peregrinación que acabamos de hacer no podría justificarse este momento prócer, pues solamente retrotrayendo el pasado y suscitando por modo espiritual a los dioses penates de la ciudad cobramos fuerzas para confiarle al mármol esos nombres y para descorrer el velo de este busto. Quién se sentiría aquí con ánimo bastante a trazar con recio estilo y doctamano la portentosa gesta? Sólo en nombre de aquellos fundadores y padres podemos hoy nosotros, en nuestra inanidad, tajar estos limpidos bloques para memoria, en lo futuro, y levantar en nuestras flacas manos aquel bronce que a semejanza de los pilares del Dios

Término, quedan señalando aquí las lindes de una conquista y el feliz comienzo de otras nuevas.

En la pródiga tierra de esta América recibieron nuestros mayores, en divina dádiva, el ubérrimo campo que hoy constituye nuestra patria cual una extraña gema de valor excelso, pero muy esquivo y osulto. Férrea coraza circundante, profundidades medrosas, agrias aristas, agresivas cordilleras, agudas como una inmensa sierra de tormento, dispuesta a todo lo largo y a todo lo ancho de nuestro suelo nativo; sorpresas insidiosas de la naturaleza e ilusorios espejismos del trópico, han estado tentando con sus halagos y retrayendo con sus asperezas desde hace cuatro siglos, para que al fin, vencido el espinoso cerco en que le plugo a la vida envolverla, aparezca tallada la piedra mirífica por la mano misma de los afortunados que la recibieron del Señor. Descubrimiento y conquista, comienzos fueron de esa prodigiosa orfebrería: precisaba ubicar el filón y limitarlo y poseerlo: eso fue la conquista.

Previno la colonia, la ruda exploración apurando la ansiedad, estimulando el mérito, templando y doctrinando a los artífices, preparando sin saberlo, entre socavones oscuros, los francos caminos a la luz, a la luz sin contraste, a la luz libre que despeñó sus aludes impalpables de oro sobre la enorme gema que, jadeantes y sangrientos, levantaron los Libertadores para pasmo del Universo.

Entonces, sólo entonces, comenzó para nuestros abuelos y para nuestros padres y ha continuado para nosotros, la obra de escindir, de pulir, de relieves facetas y de aquilatar el precio. Por eso, cuando un frente de nuestro caro suelo aparece tallado en la cifra del talento, del valor y de la audacia, todos los ojos espectadores y expectantes se humedecen de alegría, palpitan todos los corazones con ritmo acelerado y los labios todos pronuncian al unísono: "Oh gloria inmarcesible! Oh júbilo inmortal."

Esta vía que partiendo del mar Océano, se precipita hacia Cartago, la Casa del Talento, y corremos hasta Armenia, la ciudad crepitante, es toda ella un ancho camino de dolores. Arranca desde el sitio muy apartado del Tajo que purpuró Balboa, y va marcando con éste las funerarias de su torturante tránsito. En la marisma infecunda y somera; entre el pantano letal y silencioso, sobre el granito estoico, en las pérfidas corrientes del Dagua, en la falaz serenidad palustre de la llanura paradisiaca, en la vertiginosa tentación de las laderas sin fondo, estampadas están como sellos de vida, las huellas que dejaron al correr las ágiles zancadas de la muerte. Las peñas del Boquerón; cual otro flanco redentor, han manado sangre y agua. Sólo Dios tiene el ánfora propicia para guardar tantos dolores, tantas fatigas, tantos desvelos y tantas decepciones. Aquella doble cinta oscura que casi no se advierte al ras del suelo,

y sobre el lomo bravío de los terrenos fluye disimulando las asperezas circunstantes, así como en las almas de selección la altura exquisita discurre sonriendo por entre las pasiones infames, ha costado un esfuerzo que sólo pueden medir los héroes del prodigio.

Iniciadores, presidentes, ministros, gerentes, ingenieros, propulsores, obreros, quién sabría referir en esta hora lo que la Patria os debe singularmente a todos vosotros? Sobre aquellas piedras blancas ha escrito la gratitud sólo algunos nombres. No podrían entrar todos. Así ocurriera a Ercilla al cantar la epopeya de Arauca, y avisó: "Si de todos aquí mención no hago, no culpen la intención sino la mano." Os aseguro, no obstante, no va allí nombre alguno indigno de ser contado entre los primeros, en los diversos campos de la actividad creadora. Para juzgarlos, miremos desde un ángulo formado por dos líneas: Colombia y Popayán, que confluyen en este lugar afortunado. Al inscribir algunos de aquellos nombres que veneramos, la ciudad ha buscado iniciar con ellos la obra de reparación que se les debía. Manos amorosas vendrán luego, que cubran los vacíos al calor de otra luz distinta de la nuestra y acrisolen, como hemos procurado hacerlo aquí, el mérito de los omitidos, proporcionándoles el galardón que se merecen. En esos pocos se condensa la labor de más de medio siglo y son como el resumen de una actividad colectiva.

Allí está el prócer y estadista, el gran General de Colombia, que concibió globalmente la hazaña y la hizo viable en la conciencia pública, bajo el alto patrocinio de su nombre. Manuel Murillo Toro, que sancionó el mandato del Cuerpo Soberano de la República, para que la obra se ejecutara. Rafael Reyes abrió la segunda era en que se dio inusitado empuje a los trabajos: fue entonces cuando por primera vez el Ejecutivo nacional consagró en un contrato, la prolongación hasta Popayán del ferrocarril de Buenaventura, que primitivamente fue proyectado en la dirección Norte. Carlos E. Restrepo, secundado eficazmente por su Ministro el doctor Araújo, reanimó en la Nación la desalada esperanza y sacó a la fortuna del Cauca, medio ahogada, de entre la enloquecida corriente del río Dagua. Marco Fidel Suárez, con máxima voluntad, visión certera, eficaz largueza y desvelado empeño, hizo expedito el camino, de complicaciones presentes y futuras, se adelantó a los mejores y puso su nombre a nuevas regiones. Escrito quedó, a buen fuero también, el de su ilustre Ministro doctor Esteban Jaramillo.

Un recuerdo para Miguel S. Guerrero que, en su época aciaga, de impotencia y de dificultades, no dejó extinguir un punto el fanal de nuestras esperanzas. Nemesio Camacho, el hombre sustantivo por excelencia, a cuya capacidad pasmosa se debe la organización de la empresa del ferrocarril sobre el

terreno, con ese aspecto de gravedad e inteligencia que adquirió desde entonces y que ha sido una a modo de universidad de la energía, factor indiscutible del buen éxito final. Pedro Antonio Molina, modesto e infatigable laborador, que con su fino tacto y dón de acierto, reafirmó una vez más sus altas dotes de administrador público.

Finalmente, como cien kilómetros tendidos desde Suárez, la estación de Cartago, y aun puedo decir la de Armenia, proclaman con la austera mudez de ese bronce perenne, Excelentísimo señor, vuestro derecho imprescriptible a ser recordado con especial afecto. Qué bien merecen asombrarse bajo laureles vuestros dos Ministros de Obras Públicas: Aquilino Villegas y Laureano Gómez. Tozudo aquél como un aragonés, talentoso y de arreos, de válido querer y ánimo siempre listo para cerrar hasta lo imposible, y formidable este otro, cual una racha huracanada, firme, impasible, sonoro como un yunque propio para forjar los más finos montantes, las mejores corazas, las más audaces quillas: el hombre-tempestad a quien sólo se puede amar u odiar, que deslumbra y hierre como el relámpago, y con el trueno de su voz hincha, colma y sacude las sordas oquedades del pecado y del abismo.

Si sobre una de las líneas de acero que parten desde Suárez hasta Cartago y Armenia y por el Sur descenden hasta aquí, para conti-

nuar hacia la frontera ecuatoriana, escribimos el nombre del General Pedro Nel Ospina, bien podemos reservar su paralela para trazar otras que sigan al de Alfredo Vásquez Cobo. No es mi voz, pobre y débil; es la plebiscitaria del viejo Cauca la que señala a la gratitud pública, al ilustre hijo de Cali. Todos confiaban en su energía invicta, en sus múltiples dotes, en su exquisito dón de gentes, mas no era presumible amor tan intenso a la obra. Si la línea del Norte tanto le debe, la del Sur le debe aún mucho más, por su mayor dificultad y las fuerzas hostiles que se le oponían a menudo, abiertamente unas, y otras, aviesas y veladas. Seguramente el gallardo General ha cumplido carísima consigna, como que fue su distinguido padre, don José Vásquez Cobo, uno de los iniciadores del ferrocarril del Pacífico.

A este título, amén de otros muy suyos, llevó la voz en la ciudad porteña hacia cincuenta y tres años, en la colocación del primer riel. Me he explicado también el ánimo benévolo del General para con esta línea, por gratitud a la ciudad que le enseñó las humanas letras. Y por qué no una impulsión irresistible, venida de las profundidades de tres siglos, de aquellos fuertes capitanes de la conquista que se llamaron Pedro y Andrés Cobo, antepasados del Gerente, que acompañaron a don Sebastián en sus atrevidas empresas, que amaron esta sede y defendieron su fuero a costa de la propia sangre,

como háse escrito en las amarillentas crónicas de la época?

Los Ospinas y Olartes aquí también llegaron y fundaron casa solariega que fue, andando los días, cuna de próceres insignes. Quién pudiera decirnos hasta qué altura del árbol de la vida sube la savia de amor que brotó abundosa y pura desde el suelo nutricio, hinchando las raíces y revistiendo el tronco y el ramaje de su legendaria opulencia? Popayán pagará en bronce, en no apartado día, tamaña adhesión y tal presente!

Rompe aquella enumeración memoriosa, Francisco J. Cisneros, el acucioso empresario cubano que con valor no superado inició triunfalmente la tarea de convertir en hecho la vanidad de las palabras. Con él los ingenieros del primer trazado, que trabajaron sumergidos en el fango, entre un pulular de homicidas insectos y del peligro constante de los ofidios ponzoñosos. Algunos llevan extranjeros apelativos, que son orgullo nuestro y debieran ser hoy el blasón de otras patrias. Julián Uribe Uribe, errable lucha con el medio indómito; el más labriego zapador de progreso colombiano, el que literalmente ha pasado una vida cavando cauces a la riqueza nacional. Macario Palomino, del mismo temple. Allí Víctor Borrero, el gallardo constructor, sacrificado en plena juventud al monstruo silbante; allí el doctísimo Abel Ramos que, herido de irremediable dolencia,

desplomóse muerto de su cabalgadura en el Puente de Platanares, después de haber servido como bueno; Rafael Alvarez Salas, el ingeniero con manera diplomática; Luis Lobo Guerrero, experto de las dificultades que en la catástrofe de Dagua se sobrepuso al destino aciago y lo entregó vencido, con ánimo tan sereno e impasible como el de aquel mariscal francés, a quien se encomendó la legendaria retirada del nefando ejército imperial.

Nemesio Camacho, Alvarez Salas y Lobo Guerrero derribaron una a una las rocosas fortalezas del Dagua, secundándose hábilmente por camaradas que no es dable olvidar: Juan de la Rosa Barrios llama imperiosamente mis recuerdos. Aquella tradición larga, implacable y sin desmayo se prosiguió después con no menguado brío.

Desde Suárez hasta aquí, y al extremo de los rieles por el Norte, dilátase el monumento perdurable que a sí mismos se han erigido Arturo Arcila Uribe, Manuel María Mosquera W., Alberto Albán Liévano, Ricardo Arboleda, Reinaldo Cajiao W. El trazado desde Suárez, por lo hábil y atrevido, más parece una apuesta contra lo imposible. Si como tesis aparecería aventura, como realización ostenta grandiosidad. Manuel María Mosquera W. sepultóse vivo siete años a trabajar sin desfallecimiento ni de un día ni de una hora, confortado con el deber que le imponía

su doble ascendencia procera y puesta la esperanza en su ciudad nativa.

La labor de este joven puede ser cantada en el tono de la epopeya. Sus otros compañeros le van en zaga: todos ellos y los que no aparecen inscritos, pero que están hondamente grabados en nuestros corazones, han tenido la dicha de conducir el signo del rescate a la madre amorosa que los está esperando con su mejor guirnalda.

Joaquín de Caycedo y Caycedo, Eustaquio Palacios, Belisario Zamorano, Mariano Ramos, nombres son que cifran el patriotismo ardiente, la sed de adelantar, el desvelo por el bien común, amor filial que se deleita en el servicio, viajes al exterior con fondos propios, para allegar recursos, la inflamada antorcha de una hoja periódica servida por pluma de oro, un hombre, mejor dicho, un corazón en forma humana que ardía al impulso de toda cosa noble, y un esfuerzo constante muy bien adocetrinado por la inteligencia, son el respaldo intocable de aquellos cinco hombres.

Iba a decirlos cuatro, pero la voz de la Justicia clama entre mí más hondo que la omisión ficticia de la delicadeza. Ignacio Muñoz C., figura en esa placa, con el triple derecho de constructor de once kilómetros de vía, entregados en diez y ocho meses, en época de dificultades sin medida. Años más tarde, él inició y organizó la compañía que sacó el ferrocarril al través del Dagua y lo trajo hasta la es-

tación de Suárez. El fue el primero que pronunció la palabra Popayán como ramal de la gran línea, consignándolo así en todos los contratos celebrados directamente; él exigió también esta línea como condición indispensable para ceder la empresa, las tres veces que la tuvo en sus manos. Dentro o fuera de ella, no ha cesado un instante de laborar hasta verle el remate. Esto lo sabe la República entera y debe quedar consignado para memoria de los pocos que no lo saben todavía.

Víctor Hugo, en uno de sus himnos imperiales, después de cantar el arco del triunfo de París, que pregona las glorias del Grande Emperador, declaró ingenuamente su deseo de escribir el nombre de su padre en la fábrica monumental. Perdonadme el que con mano agradecida de patriota y de amigo, subraye simplemente este nombre, para mí tan grato.

Allí mismo ha quedado un compendio magnífico del deber cumplido honradamente, silenciosamente, incansablemente: Enrique Palacios Q. y Agapito Roza, quienes aquí me están oyendo, son los veteranos sobrevivientes de aquella oficialidad gloriosa caída en la demanda. Por docenas de años se cuentan sus servicios a la magna obra y esos dos exponentes a quienes fue dado concurrir al remate de la azarosa empresa, ostentan en sus rostros de metálico tinte seguramente adquirido en la convivencia con el monstruo de acero, la

nobleza que confiere el trabajo glorioso.

“A la memoria de los obreros y obreras del Ferrocarril del Pacífico,” dice lacónicamente la última inscripción: bajo ese recuerdo sintético están comprendidos muchos millares de hombres y mujeres que sirvieron de vivo instrumento palpitante para alcanzar el triunfo magno; suministraron ellos la fuerza vencedora a que una dirección docta y múltiple dio el impulso inicial, que casi no se detuvo en cien años hasta el instante jubiloso que canta la llegada. Sin aquel ejército de bravos no habría sido posible la victoria. La extensión e intensidad de su concurso vive en la luenga zona nivelada, perdura sobre el riel y desvela a los hombres para la gratitud con el agudo grito de esos ligeros decáganos que se nutren de fuego.

Momentos hubo en la épica faena en que el empuje varonil no pudo más, y entonces las modestas hijas del tugurio ignoto empuñaron los instrumentos de labor y prosiguieron la tarea. Solamente su atávica preparación para la minería, entre el pantano lufítico, resolviera el problema de la mortalidad masculina: fueron los días de Timba y Rañutico. Por eso en estas letanías del reconocimiento que imitan flojamente las del divino Marco Aurelio, fulge como un diamante, en la transfiguración de la sincera gratitud, la fosca desnudez de las Amazonas de bronce.

Si toda aquella falange de bue-

nos hijos de Colombia e ilustres extranjeros concurrieran a este gran resultado, en la final etapa descuella, singularmente, vuestra recia figura de Jefe del Estado, Excelentísimo señor.

Pobre es de cierto el homenaje que os puede presentar esta ciudad exigua, mas él aspira a que aceptándolo vos benignamente, se trueque en la simplicidad de su forma externa en verdadero monumento. Ello es ya de suyo, puesto que os representa y porque vivía de tiempo atrás modelado en lo íntimo de algunas almas, plasmado por el pulgar diligente de la fiel amistad, y porque antes, en las fraguas ardientes, estaba fundido ya con el fuego de muchos corazones.

¡Qué dulce es, en esta hora de nona, en que comienza para vos “el veredicto justiciero de los tiempos,” contar a Popayán que habla por mis labios, entre las fieles amigas del instante posterior! ¡Ahora no tenéis qué ofrecer, ahora vais a tornar a vuestro honorable retiro; a dejar de ser el primer magistrado para continuar siendo el primer ciudadano. Han golpeado vuestras sienes todas las rachas de todas las pasiones, todo el fuego de la contumelia; todo el prodigioso léxico del vilipendio y de la calumnia, todo el granizo escandaloso de la difamación vulgar y callejera, y como el Santo Capitán de los pintores primitivos, habéis sabido sonreír, erizado de flechas, mirando hacia la altura. Para el villano ultraje y la crítica torpe, empeñada

en acusar errores en hechos que inspiró el acierto, pensásteis con el estilista bretón: “Hay que dejar a los necios en la deliciosa convicción de que son invencibles.” Y para el docto ataque, cuando no fuera el fruto de persuasión honrada, sino la concreción de una rencorosa soberbia, le dejásteis a Baltazar Gracián el privilegio de haber dicho: “Saber con recta intención, aseguran fecundidad y aciertos. Monstruosa violencia fue siempre un buen entendimiento causado con una mala voluntad. La intención malévola es un veneno de las perfecciones y ayudada del saber, malea con mayor sutileza!”

¡Infeliz eminencia la que se emplea en la humanidad! “Ciencia sin ceso, locura doble!”

Popayán, la magnánima, sabe también, de aquellos pesares, y en su recinto hay siempre almas dispuestas a valorar el tremendo honor que se discierne al Jefe del Estado. Nueve veces el tricolor les ha ceñido el pecho a dignos hijos suyos.

Esta ciudad, a justo título, bien pudiera nombrarse la ciudad mártir: desde su fundador hasta su último héroe epónimo que se tragó la mar, sólo ha vivido en el dolor, nutriéndose de la esperanza. Inquirir neciamente a qué amargura, a qué indecible torcedor, a qué asfixiante, a qué refinamiento de tortura pudieron escapar sus más ilustres hijos? Entre nosotros han vivido los protagonistas de las tra-

gedias antiguas. Aun la sombra pálida de Edipo vagó por estos campos. Como Colombia entera conoce estos azares, la ciudad puede decir con el héroe de Shakespeare: "He servido bien y fielmente a la República y ella lo sabe." Nunca fueron los estadistas reos del pecado provincial. Sus concepciones se levantaron siempre como la cimera rutilante de nuestro atalaya andino y se ostentaron aptas por su proyección nacionalista para obtener el bienestar común. Y Colombia toda nos ha retribuído muníficamente al libertarnos del aislamiento, hermano del dolor y émulo de la muerte, trayéndonos el rescate por vuestras propias manos.

Aquí, en este sitio, en que parece como si el Dios bueno hubiera querido echar la sombra de su eternidad sobre este instante, acorde con sus dones de amor, las regiones todas de Colombia que nos han enviado como portadores de tan cordial mensaje a genuinos representantes de sus tradiciones y grandezas. Aquí está Bogotá, fecunda madre de toda gloria posible, la que arrulla, la que unge, la que exalta, la que consagra, la que talla al hombre diamante en innumerables facetas, la que fue levantada sobre las alturas para borrar hacia ella los caminos de la vulgaridad y abrirle solamente los de las alas triunfadoras, la que purifica el pensar y engrandece la acción; el excelso troquel del patriotismo puro.

Aquí está Antioquia, encarnada en vos, Excelentísimo señor Presidente, por adopción suya y por elección vuestra, y a quien me cumple representar en esta hora, y de la propia manera que el tardo caracol recoge y guarda en su memoriosa voluntad la pujante tragedia del padre mar lejano. Pueblo germinante de las realizaciones, cuán distante se te advierte de la ideológica palabrería, y qué cerca de la vitalidad ordenada y creadora: te amo porque eres impetuoso y audaz como los torrentes que brotan de tus alturas invioladas, porque eres noble como los corazones buenos y porque en la desigual y quebrada conformación de tu seno racial, veo dibujados, uno a uno, en su proporcionada atonía, la fuerza reposada y defensiva del propio corazón de Colombia.

Aquí está el Atlántico, finísimo eslabón que vincula nuestro territorio a la modificante, imprevista y necesaria determinación de la vida mundial.

Aquí está Bolívar, el culminante señor de la Heroica, en donde la inmortalidad sorprendida hizo una pausa antes de continuar la narración de los sacrificios sublimes.

Aquí está Boyacá, la portentosa viña de los más grasos racimos que sazonó la vida para deleite de la gloria, pasando, en tránsito inexpressable, de la suerte fatídica a la muerte deseable. Cuando esta escala de acero, que ya comenzó a descender, alcance hasta la cima de tu grandeza potencial, entenderá

Colombia primeramente lo que significan las seis letras de tu nombre! Nuestra América Central sufrirá el estremecimiento que precede a la aparición de un gigante.

Aquí está Caldas, leve renuevo arrancado no hace un siglo, de la encina antioqueña, para creación de un pueblo que a semejanza del elegido de otros días, brotara innúmeras familias como arenas, ciudades como estrellas del cielo. Como nació y creció y vive y seguirá viviendo para la audacia emprendedora, yo no sé hasta qué frontera irán los lindes de esta patria: no dentro de la anexión imperialista, sino de la penetración inteligente, humana y aceptable del trabajo renovador.

Aquí están el Huila y el Tolima, que recuerdan a la antigua Judea "ardiente y monótona cual una serie de versículos bíblicos." Pona yán siente por estos dos pueblos una atracción muy férvida que data del pasado, como en todas sus azarosas luchas de la Conquista, de la Colonia y de la República. Brazo en brazo, y pie junto a pie, han transitado unidos los volubles caminos del revés y de la gloria, y mezclado a menudo, en canje familiar, sangre de hidalgos entre la copa única de la convivencia para el bién.

El Magdalena ha venido de la misma manera. ¡Cómo podría faltar la patria de Montilla en esta conmemoración colombiana! Apartadas por la topografía estas dos comarcas se han conmovido al uní-

sono, a la hora de las grandes crisis nacionales. Allí conquistó el cantor de Oyón los sublimes compañeros de su epopeya trashumante.

Aquí están los dos Santanderes que en su carácter tanto se asemejan al Cauca, por el arrojo, por la altivez, por su atropellado amor a la libertad, por el patriotismo y la fiereza, y por su condición de baluartes colocados por Dios contra el muro fronterero que marca la soberanía nacional.

Chocó, medio Caldas, Valle del Cauca, Nariño y Cauca: quién podría, hablando desde esta capital, establecer linderos que dentro de la idealidad común de un dominio emisecular, de una vinculación cuatro veces centenaria, de una identificación perfecta en esfuerzos, en orientaciones, en sacrificios y deseos han caracterizado toda esta región sur del territorio nacional? Qué valen los límites administrativos que determinan territorios ante una fusión ancestral creada por los descubridores, sostenida por la Colonia, robustecida por la lucha emancipadora, confirmada por la República y glorificada finalmente por el éxito venturoso de camaradas que anhelan hoy partirlo con los que sólo geográficamente van después de ellos, ya que en la preeminencia de los merecimientos se hombren justamente con sus pares?

Retribuída así esta patria chica y el risueño reposo de su enantes angustiada esperanza, le abris con llave de oro la sigilosa puerta de

un bienestar desconocido. Si Eliseo Reclusa consideró a Colombia prodigioso resumen de lo mejor del universo, acaso el patriotismo que me ciega me haga vendar también un compendio de lo mejor de la República en esta porción de privilegio.

En graduación suavísima se asciende desde este estrecho valle, en obra de breves horas, recorriendo la patria geográfica de todas las gramíneas y plantas útiles que alimentan y ostentan pujantes y lucios a los animales que acompañan al hombre. Leve descenso basta para dar en los valles cálidos que producen la caña, el arroz y el cacao. Ante el opuesto platillo de esta balanza andina nuestra zona media y templada enfiela con un café excelso, y bien sazonadas frutas, la rivalidad de los platos. Quedan todavía los minerales, oro, plata y platino (Humboldt lo vio extraído de una cercana a esta ciudad, a un carbón en dilatadas venas), las fuentes saladas y aun piedras preciosas para tentar a los emprendedores. Nuestra riqueza vegetal no tiene límites: la hulla blanca convida por doquiera, y el petróleo está durmiendo bajo la entraña formación del Patía. Así se justifica también económicamente este difícil camino hasta nosotros.

Y ¿qué pensar de la vasta riqueza que espera desde nuestros aleros hasta el lejano linde con la hermana República que tuvo por padre fundador de algunas de sus ilustres ciudades al hazañoso don

Sebastián Mavano? Nada podría decir en honor del Nariño irredento que no ofendiera vuestra sabiduría. Esa comarca ausente espera la prolongación de esta línea que la libre del aislamiento y la redima del secuestro en que ha vivido. Nariño es un prodigio de laboriosidad y riqueza naturales. Cuando salten las puertas que recatan aquel tesoro, habrá una sorpresa nacional: la República toda se sentirá aumentada profusamente en potencialidad y en amparo. Nariño es el vestíbulo en que se resolverá no muy tarde, la valorización del Putumayo, eslabón con el Amazonas, el futuro asiento de una grandeza no soñada.

Hé aquí un claro comienzo para vuestro muy ilustre sucesor en el gobierno de la cosa pública.

Quede a la historia la sesuda labor de estudiar vuestra vida de gobernante integérrimo, laborioso como ninguno, eficiente, generoso y benévolo. Sean cuales fueren los puntos de vista en que se coloquen vuestros críticos presentes y futuros, hay un hecho innegable: los recursos extraordinarios que recibisteis quedan representados únicamente no en fortunas particulares, sino en obras reproductivas de la más palpable utilidad. Veterano del trabajo penoso, sabéis prestarle al tiempo su valor preciosísimo, persuadido, como el estilista montañés, de que “la vida humana es tan corta que no es posible buscar la felicidad despacio.”

Probablemente habéis errado.

¿Quién entre nosotros los presentes, influídos en todos los prejuicios, profiriera la árdua sentencia? Pero los hombres libres y desinteresados, que os han visto de cerca, han sabido apreciar siempre vuestro grande anhelo de acertar, vuestro patriotismo sin gancha, vuestra labor abrumadora. Vuestra defensa no va escrita en hojas áulicas, sino en el periódico oficial, el mejor diario íntimo de la República, baluarte de vuestra conducta de mandatario y la mejor coraza a vuestra reputación de hombre honrado. Siendo como sois vos, un espíritu de tantas disciplinas, habéis sabido algunas veces desconfiar de vuestro propio juicio y escuchar con atención y agrado el ajeno dictamen: rarísima virtud, que en mi concepto, puede ser presentada como el acto por excelencia de la cultura.

En los pensamientos del Emperador Filósofo, ese magno monumento de la humana sabiduría, se consigna esta frase, referente al César Antonio: "Experimentaba una íntima alegría al recibir un consejo superior a su propio pensamiento." Esta frase, se ha dicho, puede ser presentada como el esquema perfecto del acta de adquisición de la cultura, y por tanto, como su definición, puesto que actúan a un tiempo la alegría, que es estado emocional, el consejo, que es norma de conducta, el pensamiento, como manifestación intelectual, y la simpatía, como medio de transmisión perfecta. Vuestra

magna obra no es para contenida dentro de un brevisimo marco. Habéis asentado firmemente el crédito interno y externo del país, y creado la seguridad, base de la confianza propia y extraña.

Habéis surcado la República de carreteras incontables, echando sobre los ríos puentes sin número y prolongado líneas enantes estancadas, otra vez de dificultades sin cuento, que suscitaron a cada paso la naturaleza o los hombres. Vuestra administración, que ha agitado todas las cuestiones, y dado fórmulas definitivas a inexplicables problemas, escrita está con hierro desde Buenaventura a Cúcuta, con sus obligados espacios intercurrentes, pues en breves cuatro años no es posible hacerlo todo. Vuestro busto aquí es algo así como el signo que puntúa una frase, no en la forma final, sino tan sólo para continuar un próximo período que complete y desarrolle el concepto anterior. Esta doble línea del Suárez, hasta aquí, es el mejor pareado con que pudiese halagar el sueño de un poeta los oídos de un hombre de acción.

¡Oh, Popayán estoico! ¡Oh, colmada urna con sangre de mártires! ¡Oh, parrilla encendida, donde por su amor de la patria, que es todo, se cocieron a fuego lento tantos varones egregios, diciendo, al expirar, con el héroe de Arauca: “De mis cenizas brotarán otros Canonicos acaso más afortunados que yo!” Oh, cuna de incontables Bayardos que tuvieron por di-

visa la del caballero sin miedo y sin tacha: “Cúmplase el deber, cueste lo que cueste”! ¡Oh, almacigo de sabios que vigilaron por servirte! ¡Oh, nidal prodigioso de guerreros, oradores, estadistas, que mantuvieron vivos en todo su esplendor los blasones del patrio escudo! ¡Oh, maestra doctísima de Zea! ¡Oh, asilo cálido y amoroso que le brindaste a José Félix de Restrepo un hogar tibio y santo a trueque de la sabiduría que él infundiera en las más nobles almas de nuestros padres! ¡Oh, jardín luminoso en que la belleza subyugó el corazón homérico del héroe de Ayacucho! ¡Oh, fuente de entusiasmo! ¡Oh, pueblo payanés, altivo y libre que has concurrido a todos los calvarios, que has cantado en todas las victorias y has venido a gemir aquí como los hijos de Sion, en épocas aciagas, contra el muro ruinoso y la columna superresistente, mudos testigos de las antiguas glorias!

Pueblo viril y generoso que mamó la grandeza, porque durmió arullado sobre su regazo, yo te entrego este busto, que es el de un hombre ilustre, que posponiendo en su preferencia más reclamados empeños, quiso venir él mismo a anunciarnos la buena nueva, y a buscar como el sol que se pone, la opacidad amiga de una nube discreta para velar en su ocaso de un día, la esplendidez de su renacimiento futuro!

Y que se cumpla aquí el oráculo del gran Teo: “Sólo el arte es robusto, dura la eternidad. El busto pervive a la ciudad.”